

La Invasión Americana

—◆—
Cómo Surgió la Idea de Traer la Guerra
a Puerto Rico.

Por ROBERTO H. TODD

◆
CONFERENCIA LEIDA POR EL AUTOR
A LA CLASE DE HISTORIA DE LA UNI-
VERSIDAD DE PUERTO RICO, EN RIO
PIEDRAS, LA NOCHE DE DICIEMBRE 5
DE 1938.

◆
CANTERO FERNANDEZ & CO. INC.
San Juan, Puerto Rico

La Invasión Americana



Cómo Surgió la Idea de Traer la Guerra
a Puerto Rico.

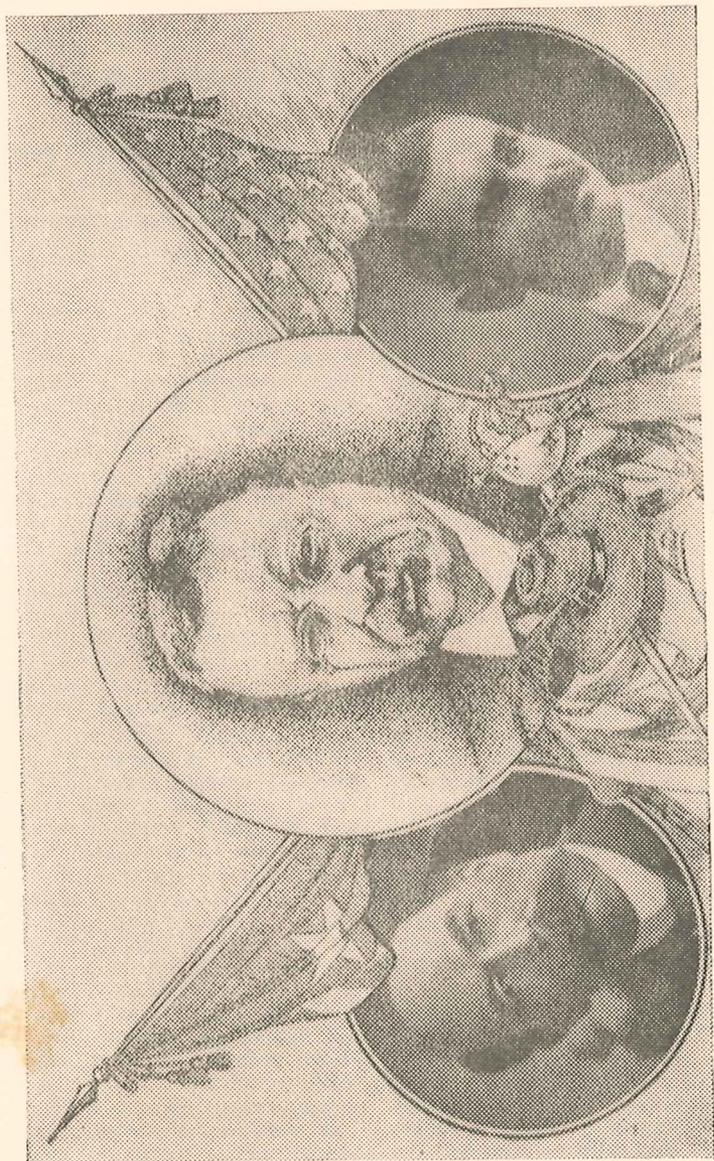
Por ROBERTO H. TODD



CONFERENCIA LEIDA POR EL AUTOR
A LA CLASE DE HISTORIA DE LA UNI-
VERSIDAD DE PUERTO RICO, EN RIO
PIEDRAS, LA NOCHE DE DICIEMBRE 5
DE 1938.



CANTERO FERNANDEZ & CO. INC.
San Juan, Puerto Rico



Retratos del doctor J. J. Henna, Theodore Roosevelt, padre, y Roberto H. Todd.

La Invasión Americana

Cómo Surgió la Idea de Traer la Guerra a Puerto Rico.

Conferencia, leída por el autor a la clase de Historia de la Universidad de Puerto Rico, en Río Piedras, la noche de diciembre 5, 1938.

Me encuentro ante vosotros esta noche por la amable invitación que ya hace varios días me hiciera mi distinguido amigo y profesor vuestro don Rafael W. Ramírez, ese sabio en materias históricas, que tiene la presunción de lucir una cabeza cubierta de canas, igual casi a la mía, cuando los años que lleva de vida no las autorizan. Conozco a Ramírez desde hace muchos años y cuando yo os aseguro que tenéis un catedrático joven pero con la experiencia necesaria para dominar la asignatura que os enseña, es porque me he adentrado mucho en el cariño que este hombre le tiene a los asuntos históricos. Precisamente por ese cariño a la historia, y sobre todo a la historia de fines del siglo XIX, es que vuestro Profesor me pidió que os dijese esta noche lo que yo supiera y recordaba, por haber tomado parte en ellos, de los acontecimientos que precedieron a la declaración de guerra entre los Estados Unidos y España en el año de 1898. Título esta conferencia: "La Invasión Americana" y luego un subtítulo: "Cómo surgió la idea de traer la guerra a Puerto Rico".

Es grande la responsabilidad que se asume al relatar hechos pretéritos de alguna importancia histórica, cuando se sabe que de aquellos hechos no queda actualmente ningún otro testigo que el que los narra. Cuarenta años se han llevado a todos los miembros del Gabinete del presidente Mc Kinley, a los je-

fes militares de aquellos días, así como a mis compañeros en la Sección de Puerto Rico del Partido Revolucionario Cubano de Nueva York. Vamos, pues, a tratar de coordinar esos recuerdos, complaciendo así la bondadosa solicitud de tantos amigos que me lo piden.

* * *

Era en la época en que la una vez poderosa España, "en cuyos dominios no se ponía el sol", según nos dice la historia, conservaba aún como únicas muestras de su antiguo poderío, sus dos provincias en el mar de las Antillas, Cuba y Puerto Rico; y en el Pacífico, las Islas Filipinas. Todavía en 1898, en España existía en el Gabinete del Gobierno un Ministro de Ultramar, cargo que ya no existe.

Nos encontrábamos en el mes de febrero de 1898, y en la mañana del día 16, al recibir, como todo los días, por debajo de la puerta de mi casa, en la ciudad de Nueva York, donde residía, el ejemplar del diario "New York Herald", leí en la primera plana, a grandes titulares, esta noticia: *El "Maine" fué volado anoche en la bahía de la Habana*. Profunda fué la impresión que sufrió mi ánimo, primero, de horror por la terrible catástrofe y por la enorme pérdida de vidas que anunciaba el periódico como resultado del desastre; y luego, por la comprensión clara de lo que este acto insólito significaba para Cuba. Es bueno recordar que el crucero "Mai-

ne", de la Marina de Guerra de los Estados Unidos, se hallaba en visita de amistad en la referida bahía de la Habana y que en esa fecha y en esa ciudad, no mandaba más que el Gobierno de España y por lo tanto, si la voladura había sido intencional, producida por una mano criminal, como así parecía a primera vista, solamente podía señalarse a dicho Gobierno en la Habana como culpable de tal acto. Y así fué en efecto; se acusó al Gobierno español por dictamen de una Junta Investigadora compuesta de los capitanes de Marina Sampson y del comandante Potter y no quedó duda alguna en la mente de las personas conscientes que vivían en los Estados Unidos, de que ese acto vandálico significaba la guerra entre las dos naciones.

Decía así el dictamen de la Comisión:

"La Corte encuentra que la voladura del "Maine" no se debió en respecto alguno a falta o negligencia por parte de ningún oficial o miembro de la tripulación de dicho buque. Es la opinión de la Corte que el "Maine" fué destruido por la explosión de una mina submarina que causó la explosión parcial de dos o más depósitos de explosivos situados a proa. La Corte no ha podido obtener evidencia para fijar la responsabilidad de la destrucción del "Maine" sobre ninguna persona o personas.

Para los que estaban interesados en la suerte de la Isla de Cuba, tampoco quedó duda de que empezaba el capítulo final del régimen de España en la Perla de las Antillas. Y esta presunción era natural corolario a las demostraciones de simpatía, tanto del pueblo americano como del Congreso de los Estados Unidos, en favor de la independencia de Cuba.

Desde que el general Valeriano Weyler, gobernador de Cuba, a quien se apodaba en los Estados Unidos con el nombre de "el Carnicero" (Butcher) por su manera brutal de conducir la guerra, emprendió una campaña inhumana contra

los cubanos no combatientes, disponiendo impiadosamente la célebre concentración de todos los habitantes de los sitios rurales en las poblaciones urbanas y empezado estos reconcentrados a sufrir privaciones y enfermedades, la simpatía del pueblo de los Estados Unidos para con los cubanos se desbordó de una manera general. El Gobierno español en Cuba, no tenía, no podía tener, suficientes vituallas para alimentar a toda esa población que impensadamente Weyler había reconcentrado y el resultado natural fué el hambre, las enfermedades y la inanición. Los periódicos principales neoyorquinos y entre ellos el New York Journal, mandaron corresponsales a Cuba, con instrucciones de investigaron lo que había de cierto en los horrores que se denunciaban y estos corresponsales enviaron noticias y fotografías del resultado de la célebre reconcentración y las fotografías ampliadas a grandes tamaños mostrando a la población cubana reconcentrada, convertida en meros esqueletos andantes, fueron profusamente colocadas en los escaparates de los principales establecimientos de Nueva York, Chicago, Boston, Washington, etc., son letreros diciendo de qué parte de Cuba eran tomadas. Esta campaña surtió un efecto desastroso para la causa de España en el magnánimo corazón del pueblo americano, el que se dirigió por escrito a sus representantes en el Congreso de Washington, pidiendo la intervención inmediata en la guerra de Cuba; y fué tan fuerte y pertinaz esta campaña, que entonces fué que nació la célebre palabra "jingos", que se aplicaba a los que se interesaban vivamente por la intervención. Y para bien de Cuba, el principal "jingo", Theodore Roosevelt, se encontraba ocupando el alto cargo de sub-secretario de la Marina de Guerra en el Gabinete del presidente Mc Kinley. Y no somos nosotros los que lo decimos. Veintitrés años después, en 1921, lo dijo el que fué general en jefe del Ejér-

cito Americano en la guerra entre España y Estados Unidos, Nelson A. Miles, en una carta que escribió al capitán Angel Rivero y de la que fuimos portadores, hace historia de todo lo que ocurrió antes de declararse la guerra, señalando a Teodoro Roosevelt, padre, como el que más soplabla la candela que había de incendiar a las dos naciones en una guerra.

En esa misma carta el general Miles absolvía de toda culpa a España y a los españoles por la voladura del "Maine" y atribuía el desastre a una mala calidad de pólvora que se almacenó en la Santa Bárbara del "Maine", operación que se llevó a cabo sin precauciones de ninguna clase y en una noche en que la oficialidad del vapor se hallaba muy entretenida en un baile. Refiere el General otros desastres similares ocurridos con motivo de la misma clase de pólvora inferior, en diferentes sitios y aún en Francia. Esta carta del general Miles, que no llegó a tiempo para que pudiera el capitán Rivero insertarla en su notable libro *Crónica de la Guerra Hispano-Americana en Puerto Rico*, se publicó, sin embargo, poco después de haber llegado a manos de dicho puertorriqueño. Noble acción de un gran hombre como lo era el general Miles, el que, aunque parezca paradójico, siendo General en Jefe de las tropas americanas, era un hombre notablemente pacífico.

Los puertorriqueños que nos hallábamos en los Estados Unidos y que no sólo simpatizábamos con la independencia de Cuba sino que ayudábamos el movimiento y pertenecíamos a la Sección Puerto Rico del Partido Revolucionario Cubano, comprendimos que, al resolverse la situación de Cuba, los Estados Unidos no podrían tener en cuenta a Puerto Rico, ya que los habitantes de dicha Isla no se habían movido en sentido revolucionario práctico contra España. Nuestra organización no había logrado en sus tres años de propaganda, interesar a la

Isla en sentido bélico. En seguida se convino por el Directorio de dicha Sección en ponernos en contacto personal con las autoridades en Washington y, al efecto, en 10 de marzo de 1898, el doctor José Julio Henna, presidente de dicho organismo, se trasladó a la capital nacional con cartas de presentación para el presidente Mc Kinley, el sub-secretario de Marina, Theodore Roosevelt, y para varios senadores influyentes del partido Republicano Nacional, que era el que estaba entonces en el poder.

De toda la gestión del doctor Henna y del que relata estos hechos, guardo documentos entre mis papeles, que ya han cambiado de color con los cuarenta años transcurridos y entre ellos, la relación que nos hizo el doctor Henna, a su vuelta de Washington, en que nos refirió que Mr. Roosevelt le dijo lo siguiente: "Usted es la persona que nos hacía falta; sírvase entrar en mi despacho privado, para que hablemos con calma". Roosevelt hizo llamar a los comandantes de la Marina señores Clover y Driggs para que tomasen nota de los datos que iba a suministrar el doctor Henna, datos, dijo, que consideraba de grandísima importancia para el caso que hubiera que hacer una invasión de la Isla de Puerto Rico. El doctor Henna facilitó un mapa de la isla en el que se hallaban trazados los caminos más importantes, las guarniciones militares, con el número de soldados acuartelados en cada pueblo, y, además, numerosos detalles de valor militar en aquellos momentos. Al terminar la primera entrevista del doctor Henna con el sub-secretario de Marina y con los oficiales referidos arriba, pudo escuchar de labios del primero, la cándida manifestación de que, al considerar la posibilidad de una guerra entre Estados Unidos y España, en los archivos del Gobierno americano no existía dato alguno relacionado con la Isla de Puerto Rico que pudiera haberles servido en caso de estallar la guerra. (Más adelante habremos

de referirnos a una cándida y espontánea manifestación del señor Roosevelt, siendo presidente de los Estados Unidos).

La misma tarde de ese día el doctor Henna volvió a reunirse con estos señores, quienes le aseguraron que no solamente aceptaban sus servicios, sino también los de sus compatriotas en Nueva York que quisieran acompañarles en el caso de que se declarase la guerra. El senador Morgan era uno de los miembros más influyentes de la alta Cámara en aquellos días y el doctor Henna le visitó en compañía de los señores Gonzalo de Quesada y Ricardo Díaz Albertini, representantes en Washington de Cuba en la revolución, y el referido senador se comprometió a ocuparse de la Isla de Puerto Rico en el Senado, si el doctor Henna le suministraba datos escritos que pudieran convencer a la alta Cámara de la ventaja que Puerto Rico ofrecería a los Estados Unidos como estación naval durante la guerra con España.

Tengo en mi poder copias de las cartas que con fecha de marzo 14, 1898, el doctor Henna escribió desde Nueva York al sub-secretario de Marina Roosevelt y a los senadores Morgan y Lodge, en las que les daba a cada uno importantes datos sobre Puerto Rico, en cumplimiento de la promesa que les había hecho; y tengo, además, en mis papeles, una carta firmada por Theodore Roosevelt, de la misma fecha de marzo 14, 1898, dirigida al doctor Henna, diciendo así: "Muy señor mío: Tengo que darle muchas gracias. Los mapas los he pasado inmediatamente a la Junta de Inteligencia Naval. Nos ha dado usted informes valiosísimos... Sinceramente suyo, Theodore Roosevelt".

Otra carta del mismo señor Roosevelt, fechada en marzo 15, le dice al doctor Henna, lo siguiente: "No tengo duda alguna de que las descripciones de Puerto Rico que me envié usted, serán de la mayor utilidad. Ciertamente que todo lo que

usted nos ha dado hasta ahora ha probado ser muy útil. Creo que en el caso de hostilidades, podremos usar de usted y de sus amigos con gran ventaja, precisamente como usted sugiere, y yo insistiré en que así sea... Sinceramente suyo, Theodore Roosevelt".

Es oportuno hacer constar que la oferta de servicios del doctor Henna al Gobierno americano para acompañar las tropas que invadieran a Puerto Rico, fué solamente con la condición de recibir del Presidente el nombramiento de Comisionado Civil, para servir de intermediario entre americanos y puertorriqueños. El general Miles llegó a ofrecer al doctor Henna un puesto en su Estado Mayor, como Médico Militar. El doctor Henna lo rehusó.

* * *

Llegamos ahora a la participación que tomé directamente en estas conversaciones con las autoridades de Washington que proyectaban la invasión a Puerto Rico. Inesperadamente y cuando se preparaba para marchar a Washington, enfermó gravemente el doctor Henna y hubo de delegar en mí para ir a ponerme a las órdenes de esas autoridades, el 21 de abril de 1898, precisamente en la fecha en que el Congreso declaraba la guerra a España. Esta era la primera vez que yo visitaba Washington, sin conocer a nadie allí, ciudad que luego he visitado distintas veces, siempre en gestiones oficiales o políticas para mi país y nunca para asuntos personales.

Era portador de una carta de presentación del doctor Henna para el sub-secretario de Marina, y a las diez de la mañana del día 22, me encontraba en el ante-despacho de este funcionario, situado en el antiguo edificio de Guerra y Marina, que queda muy cerca de Casa Blanca, en la Avenida Pennsylvania. Hoy y desde la Guerra Mundial con sus múltiples actividades, Guerra y Marina ocupan otro edificio de menores proporciones arquitectónicas, pero de mayores proporciones, no

muy lejos del primitivo edificio. Los secretarios y sub-secretarios, sin embargo, continúan ocupando sus viejas oficinas.

Recuerdo perfectamente la escena que se desarrolló a mi vista en las oficinas principales del despacho del sub-secretario de Marina. Había allí un gran número de "cow-boys", todos de Nuevo México, vestidos con su indumentaria rara de aquellas regiones y portando sendos sombreros, de ala ancha. Se recordará que Theodore Roosevelt, en sus mocedades, y siendo de naturaleza muy raquítica, había sido enviado por sus padres al Oeste para que viviera una vida completamente campestre y al aire libre. Nuevo México, en aquellos días era casi deshabitada y semisalvaje y allí fué a tener el joven Roosevelt; y cuando volvió al Este, después de algunos años, se había convertido en otro hombre, fuerte y robusto y con sanos colores en el rostro, habiendo dejado innumerables amigos y admiradores que lo fueron después durante toda su vida. El clima de Nuevo México tiene fama por lo seco que es; el aire no es húmedo. Todos los años subsiguientes Roosevelt siempre sacaba un par de semanas para visitar a sus antiguos amigos y ahora, al acercarse el momento crítico de una guerra entre Estados Unidos y España, se le ocurrió a Roosevelt que con tantos amigos como él tenía en esa región del país, buenos jinetes, atrevidos y valientes, bien podía formar el Regimiento que luego se denominó "Rough Riders". Un número de estos ciudadanos, medio-salvajes, fué lo que encontré en el despacho del sub-secretario de Marina y, entre ellos, estrechando la mano a cada uno y diciendo una frase cariñosa, se hallaba el propio Roosevelt; y recuerdo que la última frase, dicha en voz alta, antes de retirarse a su despacho privado, fué ésta: "Recuerden bien, muchachos váis ahora a prestar juramento para alistaros como soldados del Tío Samuel. Esta es la última oportunidad

para volverse atrás aquellos que no se sientan capaces de emprender la tarea, tarea que habrá de ser dura. Después de haber prestado el juramento, será tarde. Adiós y que Dios os bendiga." Con esta despedida se marcharon estos hombres, todos jóvenes, alegres y contentos, dispuestos a distinguirse en la campaña, como en efecto se distinguieron en la de Santiago de Cuba, que la historia recuerda con el nombre de la Loma de San Juan.

Cuando la oficina quedó vacía, con solamente dos o tres personas esperando, me acerqué al que se me figuraba ser el portero de Roosevelt y le entregué la carta de la cual era portador del doctor Henna. A los pocos momentos salió a buscarme el propio señor Roosevelt, alargándome la mano y haciéndome pasar a su despacho interior. La conversación que tuvimos con el señor Roosevelt fué muy cordial y pude darme cuenta de la exactitud de todo lo que nos había referido el doctor Henna de sus anteriores visitas a Washington. Consultando su reloj y viendo que era la hora designada para cierta reunión que tenía pendiente, llamé a su ayudante para que dijese a las personas que aguardaban, que volviesen más tarde, porque él tenía asuntos oficiales muy importantes que atender. El señor Roosevelt me hizo acompañarle a la reunión del Comité de Guerra (War Board) compuesto de jefes de la Marina y del Ejército, y del cual era él presidente. Después de explicar el señor Roosevelt a los miembros de la Junta quién era yo y por qué me encontraba allí, estuve informando ante ellos y contestando a sus preguntas sobre distintos puntos conocidos por mí sobre la Isla y que eran completamente desconocidos para aquellos señores. Naturalmente que yo llevaba documentos, mapas y ciertos detalles para satisfacer la natural curiosidad de aquellos señores de la Junta. Confieso que pude notar en ellos, que los informes que les iba yo dando, les iban inte-

resando y después de muy cerca de una hora de esta conferencia, al terminar la misma, el coronel Wagner, miembro del Comité y encargado de los planes para la invasión de Puerto Rico, me suplicó le enviase por escrito los datos más importantes sobre los que habían versado mis informes; y efectivamente así lo hice, con fecha 26 de abril de 1898, ya de vuelta a la ciudad de Nueva York. Mi informe cubría el detalle de hombres de las fuerzas militares españolas en Puerto Rico, expresando las poblaciones con el número de soldados en cada una de ellas y subdividiendo esta fuerza en infantería, caballería, artillería, guardia civil, etc., así como el cuerpo de la policía de aquel entonces. Decía mi informe también el número y calidad de las fortificaciones de San Juan y otros puntos de la Isla, con el número de cañones y sus calibres. Detallaba las carreteras de primera, segunda y tercera clase; las clases de comunicaciones telegráficas y telefónicas entre San Juan y Ponce; los puntos que se comunicaban por medio de semáforos; las comunicaciones con el exterior por medio de cables; detallaba el ferrocarril de vía estrecha existente entonces; daba la población de la Isla de acuerdo con el censo de 1887, apuntando el número de españoles peninsulares, así como el de extranjeros. Y terminaba mi informe diciendo la clase de clima de Puerto Rico, con sus estaciones de lluvias y de secas, y su temperatura media, así como confirmando las ofertas del doctor Henna de la ayuda de los puertorriqueños en New York para el caso de la invasión a Puerto Rico.

La última carta que recibió el doctor Henna del subsecretario de Marina señor Roosevelt, tenía fecha de abril 25, 1898, lamentando la noticia dada por la carta que yo le había llevado, de que se encontraba enfermo y diciendo que había pedido al secretario de la Guerra Aiger, que tratase de hacer el nombramiento convenido, de Comisiona-

do Civil, a favor del doctor Henna. El 8 de mayo de 1898 el señor Roosevelt presentó su renuncia del cargo de subsecretario de Marina, para aceptar el nombramiento de teniente coronel del Regimiento de "Rough Riders" que le hizo el Presidente Mc Kinley; pero seguimos entendiéndonos con el Departamento de la Guerra para nuestros fines y en 25 de mayo de 1898, llegó a Nueva York el general Roy Stone, telegrafiándole al doctor Henna, en nombre del general Miles, que pasase a verle ese día en el edificio del Ejército y Marina, que quedaba en la parte baja de la ciudad de Nueva York. El doctor Henna, apenas convaleciente de la grave enfermedad, hizo que yo le acompañase y acudimos a la cita y allí fué preguntado por el general Stone, en nombre del general Miles, jefe del Ejército, si tenía alguna modificación que hacer al plan de invasión de la Isla que había sugerido en sus conferencias en Washington. El doctor Henna insistió en su proyecto primitivo, que era el de invadir la Isla por distintos puntos a la vez. El general Stone preguntó si una vez tomada la Isla sería fácil levantar un ejército del país de 25,000 hombres, pues habría necesidad de sacar las tropas americanas para llevarlas a la campaña de Cuba, en donde se suponía que la guerra sería más fuerte. El doctor Henna aseguró que podía contarse con los 25,000 hombres, siempre que la oficialidad americana los aleccionase en las tácticas militares.

Con fecha 27 de mayo de 1898, recibí, enviado desde Washington, el siguiente telegrama: "Sírvese darme informes completos, si posible de residentes en la costa cerca de San Juan, con respecto a lugares de desembarco para buques grandes o pequeños; profundidad de las cercanías y comunicaciones por tierra en dirección a San Juan, cubriendo de quince a veinte millas en ambas direcciones. (Firmado): Roy Stone" Al mismo tiempo que este telegrama, se recibió otro en la residencia

del doctor Henna, cuando éste se hallaba en las Mil Islas recuperando de su grave enfermedad, y firmado por el propio general Roy Stone, con fecha 27 de mayo y que decía así: "¿Podría Ud. mandarme, si posible inmediatamente, dos o tres personas bien conocedoras de las costas Este y Oeste de San Juan, en quince o veinte millas a la redonda por mar y tierra?". Como se verá, ambos telegramas eran más o menos iguales y, en ausencia del doctor Henna, escribí al general Stone con fecha 27 de mayo de 1898, la carta que va a continuación:

Nueva York, mayo 27 de 1898

General Roy Stones,
Director de Caminos,
Washington, D. C.

Muy señor mío:

En la ausencia del doctor Henna, he recibido el telegrama que le dirige usted hoy, el mismo que contesto como sigue:

No nos será posible mandarle las personas que pide, conocedoras de las costas de Puerto Rico, esto es, expertos. No se encuentra ninguno en este país.

En abril 26 escribimos al coronel Wagner, subayudante general, a petición suya, dándole algunos informes sobre Puerto Rico, y le decíamos:

"Harían ustedes bien en estar preparados con prácticos de costas inteligentes, pues para poder efectuar desembarcos en ciertos puntos de la isla, es necesario ser muy conocedor y estar familiarizado con los diferentes obstáculos de algunos de los puertos. Si nos dan ustedes suficiente tiempo, podemos conseguirles estos prácticos de costas".

Si se nos hubiese avisado entonces, hubiéramos seguramente obtenido dichos expertos. Sin embargo, podemos sugerirle dónde puede encontrarlos. En Santo Domingo, por medio de su cónsul, es probable que consigan algunos; y si él se comunica con nuestro Delegado en Samaná, señor Aurelio Méndez

Martínez, estamos seguros de que será con éxito. También pueden ustedes conseguirlos en St. Thomas por medio del cónsul Hanna, quien puede ser ayudado por nuestro compatriota allí, señor Nicolás López de Victoria. Si no se encuentra alguno en St. Thomas, el señor López de Victoria puede hacerlos venir de Vieques (una islita al Este de Puerto Rico) o de Fajardo, en pequeños botes.

También recibí el telegrama que me dirigió usted y de acuerdo con informes dados por residentes cerca de San Juan, puedo decir esto:

Si examina usted el mapa militar hecho por la oficina del Ayudante General, notará usted, a unas doce millas al Oeste de San Juan, un pueblo con el nombre de "Dorado" con una pequeña bahía llamada "Ensenada Honda". No he podido cerciorarme de la profundidad de la cercanía, pero se me dice que pueden atracar botes grandes de remos. El Dorado tiene un ferrocarril que pasa cerca y que conecta con Fayamón y Cataño; este último al otro lado de la bahía de San Juan. El Dorado también conecta con Cataño; vía Toa Alta y Toa Baja con una carretera.

Al este de San Juan, como a unas 14 millas, encontrará usted el pueblo de Loíza, perfectamente abordable por medio de botes de remo; desde Loíza a la Carolina, hay un buen camino, y desde la Carolina a San Juan hay un ferrocarril (francés) y una buena carretera. El pueblo de Loíza está poblado mayormente por gente de color.

Podemos dar a usted prácticos de tierra para las expediciones del Dorado y la Carolina.

Hay comunicación telegráfica con San Juan desde ambos pueblos.

Al entrar a San Juan por el Este, por tierra, hay un puente con el nombre de San Antonio, que conecta la ciudad con la isla. Más adelante, como a unas 200 yardas hay una batería, recientemente construída, la cual sería bueno no perder de vista.

Los portorriqueños en Nueva York ansiosamente aguardan sus órdenes para organizarse, para el caso de que se vaya a hacer uso de sus servicios. En el caso de que usted crea que no se les necesitará, sírvase decirnoslo, para poder contestar las preguntas que se nos hacen.

Si cree que puedo serle útil en Washington, avise para marchar en seguida, y aprovecharé la oportunidad para llevar conmigo a dos portorriqueños que pueden darle informes de importancia.

Suyo S. S.,
R. H. Todd

A esta carta recibí con fecha 29 de mayo la contestación siguiente:
Cuartel General del Ejército

Washington, mayo 29, 1898
Nueva York

R. H. Todd.

Muy señor mío:

Recibí su carta del 27 y tengo que expresar mi apreciación por la manera tan pronta con que respondió usted a mi solicitud. Me agra-

daría recibir otros informes que pueda darme.

Someteré al general Miles, para su decisión, todo lo que usted sugiere sobre los portorriqueños en Nueva York y su proposición de traer algunos a Washington.

Respectuosamente suyo,
Roy Stone
Director de Caminos

Con fecha 19 de junio y ya de vuelta a la ciudad de Nueva York el doctor Henna, marchamos este amigo y yo a Washington para ver al Secretario de la Guerra y obtener una resolución sobre el ofrecimiento de los puertorriqueños en la invasión a Puerto Rico. Por la intervención generosa del señor Gonzalo de Quesada, representante de Cuba en Washington, y acompañado también del subsecretario de Guerra, señor Meiklejohn, fuimos presentados al general Alger, secretario de la Guerra, quien después de oír al doctor Henna pidió al subsecretario nos presentase al general Miles con súplica de que atendiese la petición de los puertorriqueños. El general Miles, des-

Form No. 922.

THE WESTERN UNION TELEGRAPH COMPANY.

INCORPORATED
21,000 OFFICES IN AMERICA. CABLE SERVICE TO ALL THE WORLD.

This Company TRANSMITS and DELIVERS messages only at addresses listing its liability, which have been accepted by the sender of the following message. Errors can be guaranteed only by retransmitting a message back to the sending station for comparison, and the Company will not hold itself liable for errors or delay in transmission or delivery of Unrepeated Messages beyond the amount of tolls paid therefor, and in case cases where the claim was presented in writing within thirty days after the message is filed with the Company for transmission.

This is an UNREPEATED MESSAGE, and is delivered by request of the sender, under the conditions named above.

THOS. T. ECKERT, President and General Manager.

NUMBER	SENT BY	RECD BY	CHECK
47	BO	xx	100 paid out

RECEIVED AT 70 EIGHTH AVE. May 27 1898

Dated: Washington Dec 27

To: R. H. Todd 336 street 14th Street N.Y.C.

please give me full information, if possible from residents on the coast near San Juan regarding landing places for barges or small boats depth of approaches and communication by land in distance of San Juan this to cover 10 or twenty miles in each direction. Roy Stone Director

Telegrama que desde Washington envió el coronel Wagner al señor R. H. Todd, en 27 de mayo, 1898, solicitando informes de lugares de desembarco en cercanías de San Juan.

pués de oír al doctor Henna, contestó que pensaría y contestaría sobre el asunto, a cuyo efecto debería el doctor Henna comunicarle sus deseos por escrito. En ese momento el general Miles ofreció al doctor Henna un puesto en su Estado Mayor como Cirujano del Ejército, honor que inmediatamente rehusó el doctor Henna, por considerar que era un honor más grande para él ir como simple puertorriqueño, con su conocido carácter de Representante de los revolucionarios. El doctor Henna hizo presente al general Miles que desde un principio se le había ofrecido el nombramiento de Comisionado o Delegado Especial; a lo que contestó el general Miles, que siendo esa una cuestión civil, competía en absoluto el nombramiento al presidente Mc Kinley.

De conformidad con lo pedido por el general Miles el doctor Henna con fecha 20 de junio, escribió a dicho militar la siguiente carta:

Washington, D. C.
Junio 20, 1898.

General Nelson A. Miles,
Washington, D. C.

Muy señor mío:

En vista de la proyectada invasión de Puerto Rico por el Ejército americano y autorizado por un número de puertorriqueños residentes en los Estados Unidos, vengo a ofrecer los servicios del Directorio del Partido Revolucionario de la Isla, del cual tengo el honor de ser Presidente, y de un contingente de unos cuarenta nativos para acompañar la expedición que está para salir, en la capacidad de comisionados, guías, exploradores, intérpretes y soldados.

Al ofrecer nuestros servicios nos mueve solamente un deber hacia el país en donde nacimos, y hacia el que nos dió hospitalidad y ciudadanía; así como también por la convicción que tenemos de que por la influencia que ejerceremos sobre nuestros compatriotas, a nuestra llegada a la Isla, no podría menos de convencerles de que el propósito de la invasión americana es el de redimir a los naturales del país

del yugo ignominioso del tirano, y no para conquistarlos con la espada y esclavizarlos otra vez bajo otra bandera y otro amo, como les hacen creer los españoles; facilitando de este modo la victoria para las armas americanas, en vez de tener que encontrar resistencia y derrame innecesario de sangre.

Como informé a usted en nuestra entrevista de esta mañana, que nos tomará un par de semanas, por lo menos, para organizar a nuestros hombres, le ruego me diga lo más pronto posible su decisión sobre el asunto.

Tengo el honor de quedar, muy respetuosamente suyo,

J. J. Henna.

A esta carta el general Miles contestó lo siguiente:

Washington, junio 21, 1898.

Dr. J. J. Henna,
Nueva York.

Contestando su excelente carta de ayer tendré mucho gusto en que vengan usted y aquellos miembros del Directorio que puedan, a más tardar el jueves o viernes, preparados para salir para Newport News, el sábado. Cuánto tiempo dilatarán en ruta, es imposible decirlo, pues depende de circunstancias. Para estar seguro de llegar a tiempo aconsejaría a usted que estuviesen aquí como indico o en Newport News el sábado para embarcarse en el vapor que sale de dicho puerto. No obstante habrá otros vapores que saldrán de Newport News dentro de una semana o diez días destinados para el mismo lugar. Puede usted determinar lo que crea más conveniente en cuanto a su salida, de acuerdo con los planes indicados arriba.

Miles.

En aquellos días publicó la Prensa de Nueva York la noticia de haber llegado de un viaje a Puerto Rico, el teniente H. H. Whitney y contenía la relación del viaje hechos tan fantásticos, que el doctor Henna se vió obligado a escribir al Departamento de la Guerra de Washington, poniendo en tela de juicio las aseveraciones del referido teniente Whitney. Este, a quien fué

referida la comunicación del doctor Henna, contestó a éste en una carta, muy cortés por cierto, diciéndole no haber hecho manifestación alguna para la Prensa y que el informe de su viaje lo había enviado a las autoridades militares, como era de su deber, y terminaba la carta diciendo: "usted quizás no recuerda haberme visto en el Departamento de la Guerra entre los militares que nos hallábamos oyendo sus informes cuando usted compareció ante la Junta de Guerra, presidida por el señor Roosevelt".

Parece que los informes de Henna y míos indujeron al Departamento de la Guerra a enviar al teniente Whitney a *probar fortuna* y ésta fué tan favorable para los planes americanos, que le dió oportunidad al teniente Whitney de desembarcar de incógnito en Puerto Rico, haciéndose pasar por súbdito

inglés. El propio teniente Whitney, ya retirado de brigadier general en California, nos lo va a decir en un documento que envió al capitán don Angel Rivero, para que lo publicase en su notable libro *Crónica de la Guerra Hispanoamericana en Puerto Rico*.

"Bajo órdenes secretas del secretario de la Guerra (Alger), el ahora brigadier general H. H. Whitney (entonces segundo teniente del 4º Cuerpo de artillería de los Estados Unidos), embarcó en mayo 5, 1898, en Cayo Hueso, a bordo del acorazado *Indiana* (al mando del capitán Harry Taylor de la Armada de los Estados Unidos), con rumbo al Este y en ruta para San Juan, Puerto Rico. Cuando el teniente Whitney sospechó el objetivo de la flota de Sampson, persuadió al capitán Taylor de que lo permutase con un periodista del yate *Anita*, uno de

A.

Headquarters of the Army,

Washington, D. C.

May 29, 1898.

Mr. R. H. Todd,

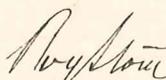
336 14th Street,

New York City.

Dear Sir:

I have yours of the 27th and have to express my appreciation of your prompt compliance with my request. I will be glad to have anything further that you may get. I will submit to General Miles all of your suggestions regarding Porto Ricans in New York and your proposal to bring some of them to Washington for his decision.

Very truly yours,


Direceto Roads.

Carta del general Roy Stone dirigida a R. H. Todd, de mayo 29, 1898, acusando recibo de datos enviados.

los dos barcos de la Prensa que consiguieron seguir a la escuadra, siendo el otro el de la Prensa Asociada, nombrado *Dauntless*. El *Ami-ta*, después de presenciar el fútil bombardeo de San Juan, salió para Carlota Amalia, Islas Danesas, la estación más próxima de cables, desde donde podían enviar sus despachos.

El teniente Whitney, pasando como corresponsal, supo en Saint Thomas que el barco de carga inglés *Andarose* estaba a punto de salir para Puerto Rico con objeto de tomar un cargamento de azúcar y mieles, que los comerciantes españoles estaban ansiosos de vender antes de la esperada invasión yankee de la Isla. Con la ayuda del cónsul americano Hanna consiguió que el pinche de cocina (un negro) desertara después que el barco hubo obtenido del cónsul español sus papeles de despacho. A media noche y antes de la salida, Whitney se apoderó de una yola y remó hasta el *Andarose*; buscó allí al negro, le dió algún dinero y una carta para el cónsul Hanna y, enviándolo a tierra en la embarcación robada, se escondió a bordo sin ser notado. A la mañana siguiente (después que el *Andarose* hubo levado anclas y estaba ya en mar abierta) Whitney compareció ante el Capitán del barco (un escocés llamado Smith) y le manifestó que se quería matricular en lugar del desertor, añadiendo que, de no hacerse la substitución, los documentos del barco no corresponderían con el número de sus tripulantes. Whitney firmó los papeles de matrícula, con una paga de tres libras esterlinas por mes, y con el nombre de H. H. Elías (el nombre de uno de sus bisabuelos, que fué soldado en la revolución) lugar de nacimiento: Bristol, Inglaterra.

La fecha del enganche se anotó con dos semanas de anterioridad para evitar sospechas en los puertos de entrada en Puerto Rico.

Whitney desembarcó primeramente en Ponce. En esta rada el

Andarose embarrancó en un banco de rocas coralinas. El barco fué inspeccionado minuciosamente por los oficiales del Puerto de Ponce y la policía en busca de un espía americano. Cuando el inteligente cónsul español en Carlota Amalia hizo el recuento de los corresponsales americanos y encontró que faltaba uno, dedujo que debía haberse marchado en el *Andarose*, y así lo cablegrafió a San Juan.

Los empleados españoles, al hacer la inspección de todos los hombres a bordo, encontraron al espía en la cubierta inferior del barco, sobre sus manos y rodillas, fregando el piso de un lavadero, y pasó como miembro regular de la tripulación.

Whitney le dió al capitán del *Andarose* 60 dólares, prácticamente todo el dinero que tenía (y el cual no era suyo, pues pertenecía a su esposa) por el privilegio de ir a tierra en cada puerto que el barco tocara. Pasando como uno de los subalternos del buque, hizo varios viajes a caballo dentro del país y recogió la información que buscaba: carácter de los habitantes, fuerza de las guarniciones, si los puertos estaba o no minados, el número de faros y de puertos buenos para hacer un desembarco, etcétera, etc. Fué recibido en todas partes con la más cordial hospitalidad por los naturales, quienes eran muy generosos en sus obsequios del exquisito ron que se destila en el país.

Whitney visitó al cónsul inglés en Arroyo, el cual se mostró muy bondadoso y comunicativo.

En Maunabo, los Rieckehoff lo festejaron espléndidamente y le dieron muy valiosa información. A caballo y con numerosa compañía, dió un agradable paseo por las montañas y pudo ver a Humacao, una ciudad importante, guarnecida por la Guardia civil. Fué durante este paseo que María Vall Spinosa, una de las señoritas que habían visitado el *Andarose* cuando se encontraba encallado en el puerto de Ponce, advirtió a Whitney del carácter ferroz y suspicaz del alcalde local, a

quien encontraron al retorno, por la tarde, en la hacienda Rieckehoff. Cuando esta linda muchacha, la cual fué educada en los Estados Unidos, vino a bordo del *Andarose*, en Ponce, acompañada de su primo, el comandante de las tropas españolas, se dirigió a un marino (Whitney) preguntándole la causa de haberse encallado el barco. La contestación del marinero, *Damfino* (contracción de *damn if I know*). (Yo, ¡qué diablos sé!) le hizo sospechar que no era inglés sino americano; sintiendo simpatías por éstos, ella se mostró deseosa de salvar a este intrépido joven, evitando fuese descubierto (La señorita Spinosa, más tarde, casó con un abogado de Baltimore, Maryland, Estados Unidos, de nombre Douglas.)

Después de otras aventuras de menos importancia, Whitney logró salir de la Isla sin ser capturado; llegó a Washington, Distrito de Columbia, en junio 8, 1898, e informó, personalmente, al presidente Mc Kinley, durante una sesión del Gabinete, describiéndole las bellezas que vió en aquel maravilloso, fértil y pequeño jardín; se unió luego a las fuerzas del general Miles, en Tampa, embarcando en el Yale, en Charleston, Carolina del Sur, en junio 8, 1898, para Santiago de Cuba y desde allí siguió, más tarde, para Puerto Rico, persuadiendo durante el viaje a Miles para que tomase tierra en Guánica, y de esta manera el anunciado desembarco en Fajardo resultó, solamente, un ardid para engañar a los españoles. El coronel Wagner, quien estaba a cargo del Bureau de Inteligencia Militar en el Departamento de la Guerra dijo: "Yo estoy en condiciones de saber que los planes de la feliz campaña del general Miles en Puerto Rico estuvieron basados en la información recogida por el teniente Whitney durante su peligroso reconocimiento de la Isla, en mayo de 1898".

* * *

La entrada de la flota del almirante Cervera en Santiago de Cu-

ba, para cuyo lugar salió el general Miles a los pocos días, cambió por completo sus planes para invadir a Puerto Rico antes que a Cuba. Puesto el movimiento sobre Puerto Rico, la actitud del Directorio puertorriqueño se redujo a esperar otras resoluciones. Todavía en julio 2 el Departamento de la Guerra reclamaba informes de nosotros sobre Puerto Rico. El capitán Scott, del Negociado de Informes, pedía desde Tampa, Florida, al doctor Henna, la remesa de 100 ejemplares del folleto que éste había publicado en inglés y añadía el telegrama: "así como cualquier otro informe reciente que tenga usted de importancia militar o naval".

En una asamblea de puertorriqueños que se celebró el 12 de julio de 1891, en Chimney Corner Hall, se dió cuenta de todos los trabajos efectuados por nuestra organización. Se cambiaron impresiones generales y se acordó ofrecer al Gobierno los servicios personales y colectivos de los puertorriqueños. Con motivo de ese acuerdo, el doctor Henna dirigió al secretario de Estado, Mr. Day, la siguiente carta, así como un ejemplar del Manifiesto al Pueblo puertorriqueño, que también va a continuación de la referida carta. De ambos documentos fuí portador para entregarlos en propias manos del Secretario de Estado en Washington. Dicen así ambos documentos:

Nueva York, julio 14, 1898.

Honorable William R. Day,
Secretario de Estado,
Washington, D. C.
Muy señor mío:

Me tomo la libertad de someter a su consideración, una resolución pasada unánimemente por la Asamblea del Partido Revolucionario de Puerto Rico, celebrada en esta ciudad en la noche de julio 12 de 1898, el espíritu de la cual es así:

"Que los servicios colectivos del Directorio y un contingente de unos cuarenta puertorriqueños, residentes en los Estados Unidos, sean ofreci-

dos al Gobierno de los Estados Unidos, para acompañar al Ejército de invasión que al presente se está organizando”.

Al ofrecer nuestros servicios sólo nos guía un sentimiento de puro patriotismo y en reconocimiento de la gratitud que debemos al pueblo americano que viene a redimirnos del ignominioso yugo del tirano.

Nuestro propósito es publicar un manifiesto al pueblo de Puerto Rico y repartirlo al desembarcar (copia del cual le incluyo) que no puede menos que probar convincentemente que el objetivo principal de la invasión será: la redención de los naturales del país del bárbaro poder de España, después de lo cual se les concederá la oportunidad de votar sobre la forma de Gobierno que crean mejor adaptada a sus necesidades, futuro bienestar y felicidad; magnanimidad por parte de la Gran República americana sin paralelo en la historia de nación alguna, y que indicará a todo nativo a ponerse inmediatamente bajo la gloriosa bandera americana, símbolo de libertad, orden, moralidad y protección.

Si nuestros servicios son aceptados y se nos da permiso para la publicación del “Manifiesto”, marcharé a Washington sin dilación a recibir sus órdenes.

En la esperanza de que seré honrado con una contestación, tengo el honor de suscribirme, con sentimientos de la más alta consideración,

* * *

Manifiesto

Respetuosamente suyo,
J. J. Henna

“Portorriqueños:

“Por nuestro amor entrañable a esta tierra en que vimos la luz primera, en que corrieron los años más felices de nuestra vida y en la que radican nuestros más hondos afectos y recuerdos; por nuestra consagración constante a servirla y ayudarla en la obra ansiada de su redención del yugo español y por nuestra adhesión y amor y lealtad

debida a la Gran República norteamericana, en cuyo seno libre y hospitalario encontramos refugio, asilo seguro, hogar tranquilo y patria adoptiva contra la ensañada persecución del déspota ibero, ha querido la Providencia en sus inescrutables designios que seamos los elegidos para dirigiros voz amiga en esta hora solemne de nuestra historia, al amparo de la bandera de las estrellas y en las filas de los ejércitos que vienen a romper para siempre vuestras ignominiosas cadenas.

“No es el invasor extranjero el que nos amenaza; no es un nuevo señor que viene con el propósito de esclavizarnos: es el gran pueblo norteamericano, por su fuerza, su riqueza, sus hábitos de moralidad y de templanza y sus libres instituciones federales, quien llega a emanciparnos. Vuestras cadenas de siervos están ya rotas; de miserables colonos españoles, expoliados, maltratados, afligidos por tantas humillaciones y miserias, escaláis en este momento las soñadas alturas de la plena ciudadanía y de hoy más constituireis un *Estado Libre*.

“No podrá haber para vosotros vacilación en la alternativa de volver la espalda y pisotear la bandera que ha servido sólo para sembrar desgracias, decepciones y rencores en nuestra sociedad y en nuestras familias y que jamás ha sido símbolo de reparación y de justicia, o la de recibir y acoger y prestarle todas vuestras adhesiones al pabellón estrellado, que no se ha elevado nunca en ninguna tierra más que para cobijar y desarrollar el bien, extender el progreso y practicar las instituciones más libres y democráticas.

“Puerto Rico, desde este día en que las escuadras americanas han abordado sus costas, deja de ser colonia española, antro de injusticias, y surge como un Estado o nación a la sombra de la Federación más grande y poderosa y libre y feliz que ha conocido la Historia.

“Que eso no sea sólo el resultado

de la guerra sino obra en gran parte de vuestro propio movimiento, de vuestra adhesión ilimitada, manifiesta, estruendosa y espontánea a la Nación que os redime.

"Para que así sea: para que ni España ni el mundo lo pongan en duda un momento, hemos venido un contingente de portorriqueños hermanos vuestros a clavar por nuestra mano en esta tierra patria la enseña redentora de la Unión.

"Portorriqueños: Vuestro triste pasado está a todas horas vivo en vuestros recuerdos.

El sistema militar de Gobierno personal y arbitrario que os ha vejado día por día; el sistema de exacciones fiscales que os ha explotado y empobrecido; el sistema de exclusión que os ha arrebatado siempre la gestión de vuestros intereses propios y colectivos y os ha mantenido en irritante tutela, ha sido derrocado en un instante; el castigo que la Providencia reserva a los gobiernos tiránicos se ha cumplido.

"Sois libres:

"No seréis presa de la conquista, sino que quedará a vuestra propia y libre iniciativa la organización por vosotros mismos de vuestro gobierno constitutivo.

"De posesión explotada de una Monarquía absorbente os transformáis en país de instituciones democráticas y republicanas.

"Portorriqueños: Nuestro acento os conmina. Que vuestros corazones regocen de entusiasmo y alegría; que los hogares todos se abran a los soldados de la legión libertadora; que cada esfuerzo venga a apoyarlo y cada brazo a robustecerlo para que la expulsión del español de nuestras poblaciones no sea obra de poderosos ejércitos invasores sino principalmente empuje unido, espontáneo, incontestable de los naturales del país que derrocan para siempre la tiranía y realizan la suspirada empresa de su emancipación.

"Portorriqueños: ¡Vivan los Estados Unidos de América!

¡Viva Puerto Rico Libre!

Julio de 1898.

Dr. J. J. Henna, Manuel Besosa, R. H. Todd, Eugenio M. Hostos, Gustavo J. Steinacher, Julio Steinacher, Enrique Domenech, Pedro Fernández Látimer, Antonio Rodríguez Nazario, Francisco Alvarado, Jaime Cortada, Simón Moret Muñoz, Pedro Franceschi, Sancho Guenard, Sefarian M. Natal, Juan Cabassa, Crispín Cervera, Jenaro Espinosa, José Maldonado, Juan Curet, Juan N. Cepero, Rafael Sierra, Julio Uarte, Emilio Mojarrieta, A. Zeppenfeldt, Andrés B. Crossas, Pablo Ruiz, J. Melville".

El 15 de julio llegué a Washington y me dirigí al Departamento de Estado logrando hablar por breves minutos con el secretario señor Day, en momento en que él salía de su despacho para asistir a una reunión del Gabinete en la Casa Blanca. Me escuchó muy atentamente, y tomando el pliego que yo le tendía, explicando en breves palabras lo que contenía me dijo que después de la sesión del Gabinete daría debida atención al asunto y contestaría directamente al doctor Henna.

Este documento que nunca circuló en la Isla, se debió a la pluma de don Eugenio Ma. de Hostos, en colaboración con el Dr. Henna. El Ilustre pensador puertorriqueño había llegado a Nueva York procedente de Sur América, para estar al lado de sus paisanos que él sabía habían estado trabajando por la independencia de su querida Isla. Ambos, Hostos y Henna, creían de buena fe y trataban de inculcar esa fe en los que dudaban que los Estados Unidos abandonarían la Isla una vez acabada la guerra dejándola a la libre determinación de los puertorriqueños para que expresasen su voluntad por medio de un plebiscito. El desarrollo de los acontecimientos, una vez triunfantes las armas americanas, la ocupación militar de todos los pueblos y ciudades, al irlos abandonando las autoridades españolas, y la determinación del gobierno de Washington en el Tratado de Paz,

firmado en París, de traer bajo su dominio y para siempre a Puerto Rico, causó en el ánimo de ambos patriotas una decepción profunda.

Comprendían, sin embargo, los que nunca participaron en esa fe ciega de Hostos y Henna que al venir Puerto Rico bajo la tutela de los Estados Unidos, éstos, por el Tratado de Paz, se hacían responsables ante el mundo de la suerte de nuestra Isla. El orden, el bienestar de sus habitantes, así como sus derechos políticos, garantizados por ese mismo Tratado, imponía obligaciones completamente nuevas para un país que no tenía ni nunca había tenido colonias. Los que trabajaron y lucharon para que Puerto Rico, al igual que Cuba, luciera en sus almenas la insignia de la independencia y fuera un pueblo libre, libre de todo tutelaje, hubieron de aceptar el nuevo estado de derecho que se implantaba en la Isla. No les quedaba el remordimiento de haber descuidado ningún medio ni el más pequeño esfuerzo, para con sus compatriotas secundando sus iniciativas para conseguirlo. ¡Qué gloria, qué satisfacción tan inmarcesible e imperecedera si nosotros mismos, por nuestros propios esfuerzos lo hubiéramos conseguido! La Providencia que guía la suerte de los pueblos lo había dispuesto de otro modo.

* * *

Terminada la guerra y habiendo vuelto de los campos de Cuba el coronel Theodore Roosevelt, el pueblo de Nueva York le hizo un recibimiento estruendoso, y el Partido Republicano, en noviembre de 1898, lo declaró su candidato para la gobernación del Estado, candidatura que triunfó en las elecciones. Ya electo Roosevelt Gobernador, y preparándome para volver a Puerto Rico, le visité en sus oficinas y solicité de él unas líneas para el general Brooke, nombrado Jefe Ejecutivo Militar de la Isla por el Presidente de los Estados Unidos. Hé aquí la carta que me

dió el referido Sr. Roosevelt: "Comité Republicano del Estado— Hotel Quinta Avenida, Nueva York, Noviembre 15, 1898— Mi querido general Brooke: "El portador de esta carta, el Sr. R. H. Todd, fué Secretario del Partido Revolucionario Puertorriqueño de Nueva York. Tengo el placer de recomendarlo a su cortesía. El Sr. Todd nos rindió muy valiosos servicios cuando preparábamos nuestra campaña de Puerto Rico y, por lo tanto tiene derecho a tal reconocimiento que pueda propiamente hacerse. El tiene buen conocimiento de la Isla y su vasta historia y se me figura que puede serle de servicio a Ud.— Fielmente suyo, Theo. Roosevelt."

* * *

Algunos años después, en diciembre de 1903, siendo Theodore Roosevelt Presidente de los Estados Unidos, le visité, en compañía del desaparecido Dr. José Gómez Brioso. En el curso de nuestra conversación, le pregunté si recordaba nuestro primer encuentro cuando él era subsecretario de Marina; y aquel hombre, todo corazón, se levantó de su asiento y me dijo estas palabras: "fodd, sin que usted quede autorizado para decir que el Presidente de los Estados Unidos se lo ha dicho, porque uste debe saber que nuestra etiqueta oficial no permite eso, le diré a usted que cuando el doctor Henna y usted vinieron a Washington a hablar conmigo sobre Puerto Rico, trayendo mapas y documentos, no había en el Departamento de la Guerra ni en el de la Marina, un solo dato sobre Puerto Rico. Los que trajo el doctor Henna, fueron los primeros que tuvimos a mano y los que luego ampliamos nosotros mismos. Voy a confesarle más: hasta aquel momento, no habíamos dado consideración alguna a Puerto Rico en nuestros planes para en caso de una guerra con España".

Esta es la primera vez que hago pública esta manifestación del presidente Theodore Roosevelt.

R. H. TODD